

# Pregón de Semana Santa de Cieza

*Cieza, 29 de marzo de 2009*

Queridos amigos y amigas, amada familia, estimados todos:

Vayan por delante mis mejores deseos para con todos vosotros y mi más sincero agradecimiento a quienes han depositado en mí su confianza para ser pregonero de nuestra Semana Santa en este año 2009. Ha sido este nombramiento el más inesperado de todos los honores que se me podrían conceder, ya que sigo convencido ahora, igual que lo estaba cuando la Junta de Hermandades me comunicó tal distinción, de que hay muchas personas que la merecen, antes que yo mismo. De todo corazón, espero cumplir dignamente la misión que me ha sido encomendada.

Como veis, no utilizo los rigores típicos del protocolo socialmente establecido y lo hago por dos razones fundamentales: En primer lugar, porque los que me conocéis, sabéis que soy un poco enemigo de todo encasillamiento protocolario. En segundo, y como no podía ser de otra forma, lo hago en honor del máximo responsable de nuestra presencia hoy aquí, independientemente de que seamos o no creyentes; en honor de aquél que a partir de este momento va a ser el verdadero protagonista de este tiempo de pasión, que tantas pasiones y sentimientos despierta en cada uno de nosotros; aquél que, en un auténtico ejercicio de amor y defensa de la igualdad y la justicia, trató con el mismo respeto y consideración a todos, sin concederle la menor importancia a esas cosas que han marcado y marcan las diferencias sociales; aquel que tuvo la valentía y el arrojo de predicar y recorrer caminos de libertad, posicionándose manifiestamente en contra del protocolo imperante en el ambiente social de la época que le tocó vivir.

No me cabe la menor duda de que ese afán de libertad que lo caracterizó, lo llevaría a dirigirse en la actualidad a cualquier estamento social de la forma más sencilla posible. Y digo que no me cabe la menor duda porque en su tiempo ya lo hizo. Departió con gran sabiduría y enorme sencillez, con los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los fariseos, los jefes de las sinagogas y los cultísimos doctores de la Ley; y con esa misma sencillez, estuvo al lado de los más marginados de la sociedad del momento: pobres, leprosos, prostitutas... Lo hago en honor del que fue, desde mi punto de vista, el primer pregonero de su propia pasión, ya que, no lo olvidemos, se anticipó a todo lo que le iba a suceder, quizás porque su aguda inteligencia y sus convicciones lo habían puesto en antecedentes de todo aquello, que por el hecho de ser un auténtico transgresor, habría de sufrir.

Como última consideración, antes del comienzo de mi pregón, rogaros que me permitáis utilizar el familiar tuteo, ya que, aun a riesgo de estar equivocado y parecer descortés, pienso que el uso del usted, contribuye al distanciamiento, mientras que el tuteo nos hace sentirnos más cercanos.

El objetivo fundamental de un pregonero, ya no de la Semana Santa, sino de todo acto que pregone, debe ser su presentación y su exaltación sublime, pudiendo hacerse ambas cosas desde muchísimos puntos de vista y siendo cada pregonero libre de elegir el suyo propio, dependiendo de lo que el hecho en sí suponga para él. Pues bien, la Semana Santa supone para mí tantas cosas... Pero una vez estudiadas cada una de ellas, de las que os podría hablar hoy aquí, he creído que mi posicionamiento no podría ser ni más honrado, ni más justo, ni más sincero, que fundamentar este pregón en mi agradecimiento a la Semana Santa, por la influencia positiva que ha ejercido en mí y por las satisfacciones personales que me ha procurado y me procura. Sí, quiero hacer de este pregón un acto de agradecimiento a esa Semana Santa, que me ha proporcionado montones de cosas, personas y momentos, sin los cuales hoy, no digo que yo no sería yo, pero sí, que sería una persona totalmente distinta. Y aunque hay muchos aspectos hacia los que yo me siento enormemente agradecido, me voy a centrar fundamentalmente en dos: en primer lugar, le agradeceré los privilegios que me ha concedido, así como las intensas vivencias y auténticas relaciones de hermandad, amistad y compañerismo, mantenidas con muchas personas, que gracias a ella he almacenado; y en segundo lugar, y también muy importante, dada mi condición de amante del arte, le agradeceré el deleite que me ha procurado, al ofrecerme, año tras año, el disfrute de su aspecto artístico: escultura, música, orfebrería, literatura,...

Serían muchísimas más, las cosas que tendría que incluir hoy en este acto de agradecimiento, pero, ni el tiempo, ni siquiera vuestra propia paciencia me lo podrían permitir.

Para acometer con una cierta garantía de éxito el primer apartado de este pregón, no tengo más remedio que recurrir, como elemento indispensable, a la memoria, a los recuerdos; lo que conlleva el riesgo de no buscar con el debido rigor y dejar olvidado algún elemento importante y, como consecuencia, digno de ser mencionado. Sabéis que, a veces, los hechos más relevantes y los personajes más trascendentes, se suelen quedar extrañamente ocultos en algún rincón de nuestra memoria, en favor de otros que lo son menos, y, que, sin embargo, afloran y son por tanto dados a conocer. No excluyo que pueda esto suceder en mi intervención y que algún hecho o personaje relevante quede fuera de este pregón, no por voluntad, sino por traición de la memoria, aun siendo perfectamente meritorio para ser citado. Por todo ello, pido perdón, ante todo, a las personas que, aun debiendo ser mencionadas por mí, no lo sean por los motivos antes expuestos, así como les suplico se sientan incluidas de pleno derecho en el mismo, ya que no nombradas.

Pues bien, no os podría asegurar cuál es mi primer recuerdo de la Semana Santa, pero lo que sí puedo deciros, sin ningún miedo a equivocarme, es que, cualquiera que sea el primero, se remonta a una edad muy temprana, ya que, desde niño, he tenido la suerte de vivir la Semana Santa de una forma muy especial. Seguramente yo no estaría hoy aquí (al menos como pregonero) si hubiera nacido en el seno de otra familia, o hubiera vivido en otra casa distinta a la que eligieron mis abuelos y mis padres para vivir. Sí, digo esto, porque el hecho de haber disfrutado de un padre "semanasantero" por los cuatro costados, entusiasta de nuestra Semana Santa como el que más (por no decir más que el que más), cofrade por encima de todo, cabo de varas, tamborista y maestro de tamboristas; y la circunstancia de haber vivido al lado de lo que nosotros llamábamos entonces "la cochera de los Dormis" despertaron en mí la admiración por la Semana Santa desde muy niño.

Os decía que no podía estar seguro de mi primer recuerdo en este campo y es así. Siento enormemente cercano el aroma dulzón del alhelí que se respiraba en el ambiente de esa cochera la noche anterior al Domingo de Ramos, cuando se arreglaba la Burrica para su desfile procesional. ¡Madre mía qué vivencias y qué recuerdos! ¡Allí estaba yo, entre nerviosas idas y venidas a mi casa para llevar o traer alguna cosa que hiciera falta, entre lo que para mí eran las personas más importantes de la Semana Santa! Además, lo estaba como personaje privilegiado. ¡Cómo me empavonaba ante mis amigos de la infancia de todas las labores que se me encomendaban! También de que mi madre, entre un sinfín de cosas más, proporcionaba los barreños para poner las flores y esas pastillas de Okal que le pedía Perico Gije, porque decían que así la flor duraba más. ¡Qué importancia me otorgaba que ella fuera la encargada, por ejemplo, de cepillar la túnica del Señor o que mi padre fuera el que nos enseñaba noche tras noche, y en esa misma cochera, nuestros primeros rudimentos del tambor; pero también, el que custodiaba la llave, lo que me permitía entrar y salir de ella como Pedro por su casa, disfrutar de todo lo que allí dentro había y respirar ese ambiente concentrado de Semana Santa.

Esa cochera, en definitiva, fue como una escuela de la Semana Santa, en la que tantos maestros tuve, tantas experiencias viví y tantas cosas aprendí, que ahora recuerdo con nostalgia y con mucha alegría. Allí conocí a muchas personas, algunas de las cuales ya no viven entre nosotros, con las que tuve el placer de compartir un tiempo y unas vivencias que, no sólo fueron maravillosas entonces, sino que ahora, tras el paso de los años, de muchos años, me lo siguen pareciendo y han pasado a formar parte del gran tesoro de los buenos recuerdos, sin los cuales, una vida estaría casi vacía.

Recuerdo a los amigos de mi padre de la Hermandad de los Dormis de aquella época, a la que ambos pertenecíamos y con la que tantas veces desfilé. Eran para mí unos personajes tan importantes... Antonio Galindo, Pascual Villa, Pepe "Trueno", Pepico del Kiosko, Diego "Peperre", Moya, Paco Torres, los hermanos Candel, el Parrico y muchos otros con los que me sentía tan orgulloso de relacionarme; pero entre ellos, recuerdo a uno especialmente,

que ya no nos acompaña, con el que tuve una relación más directa y al que ya he nombrado antes, el tan querido por mis padres y abuelos: Perico Gije, que era el que más estaba por allí desempeñando las más variopintas labores. *Pascualica* –le decía a mi madre- *déjame una escoba y un pozalico de agua que voy a adecentar la cochera antes de que empiece el trajín de estos días. Déjame también la llave, hija, que se me ha olvidado otra vez. Como sé que aquí siempre está segura...* Mi madre, no sólo le proporcionaba la llave, el pozalico, la escoba y lo que hiciera falta, sino que ella misma contribuía a la limpieza de la cochera, en la que yo, de una u otra forma, también participaba.

Otras veces me decía: *Nene, súbete con este plumero y estos trapicos y quítale el polvo al Señor. ¡Ten mucho cuidado con los dedicos de los ángeles, que son muy delicados! Llévale esta caja a tu madre y dile que cepille la túnica del Señor, como otros años!* Y ahí estaba yo, el encargado del cuidado de aquellas magníficas imágenes y de trasladar aquel tesoro a mi casa y traerlo de nuevo a su sitio, debidamente cepillado. Incluso, alguna vez, ayudé a ponérsela al Señor ¿No era eso un privilegio? ¿Comprendéis ahora lo que decía anteriormente? He tenido la inmensa suerte de poder disfrutar de todas las imágenes que allí había, de participar en las labores que en ella se llevaban a cabo, de convivir con aquellas gentes, de quererlas, ..., de que me quisieran. ¿No son motivos más que suficientes de agradecimiento?

Ayudé alguna vez al escultor Sánchez Lozano en alguna labor de montaje y restauración. Olí por primera vez la cola de conejo, que D. José me enseñó a preparar y que tantas veces he preparado y olido después. Llegué incluso a retocar con mis óleos algún desconchado de alguna imagen. Era la primera vez en mi vida, fijaos qué orgullo, que tenía la ocasión de ayudar a un escultor.

Desde muy niños, mi hermana y yo tuvimos unos privilegios especiales, precisamente por vivir donde vivíamos. Podíamos disfrutar del ambiente de la Semana Santa en todo su esplendor antes que la mayoría de niños. Además de las vivencias que comentaba anteriormente de las noches del arreglo de los tronos, que nos permitían irnos a la cama bastante más tarde que de costumbre, despertábamos cada Domingo de Ramos escuchando tras la ventana las notas de ensayo de los músicos, observando a través de los cristales todos los preparativos para el traslado de la Burrica, contemplando en las infinitas idas y venidas de mi padre su inevitable nerviosismo, viendo a mi madre dar los últimos y amorosos toques de plancha a la túnica que mi padre había de vestir y disfrutando a la mismísima puerta de nuestra casa, de la imagen engalanada de Jesús y sus apóstoles para entrar en Cieza, convertida en Jerusalén acompañados por el famoso pasodoble de los Dormis que, aún ahora, no deja de erizar el vello de mi cuerpo cada vez que lo escucho y que amontona los recuerdos en mi mente.

Mientras ese pasodoble se alejaba, el vapor de las ollas de agua caliente inundaba la habitación. Mi madre nos enjabonaba en el barreño para estrenar

nuestras mejores galas, como era y sigue siendo costumbre entre ciezanos. Ella se ponía guapísima después y así partíamos los tres hacia esa nueva Jerusalén, al encuentro de Jesús y de mi padre. Era por fin Semana Santa.

Durante la semana, la encargada de llevarnos a las procesiones, sobre todo las de la noche, era mi abuela María. Teníamos sitio reservado en la Esquina del Convento, ni más ni menos; en el portal de su amiga "La Nena de Doña Irene". Mi abuela nos explicaba el significado de cada paso y nos adelantaba cuál era el que iba a venir. Yo entonces creía que se sabía el orden de la procesión de memoria y le preguntaba: *Abuela ¿cómo sabes qué Santo viene?* Y ella me decía: *Es muy fácil. Tú fíjate en las túnicas.* Y así me enseñó entonces a conocer los colores de cada una de las hermandades y el significado pasional de cada una de sus imágenes.

Pero si empezábamos antes el disfrute, también lo terminábamos después; era como un doble regalo. Cuando, tras la procesión del Resucitado, la Semana Santa terminaba para los demás niños, a nosotros todavía nos quedaba procesión. Acompañábamos entonces al Ángel Triunfante hasta nuestra vecina cochera, en la que lo habíamos visto arreglar y de la que muy temprano lo vimos salir igual que a La Burrica. Entonces se tiraba una monumental traca con la que yo disfrutaba, y de la que mi hermana se protegía en mi casa, arropada por el cariño de mi madre y mis abuelos, que no salían hasta que ésta no acababa. Después se entablaba una verdadera guerra de caramelos, en la que tan entusiasta y activamente yo participaba.

Pero quizás sean otros mis primeros recuerdos. En mi mente infantil, se amontonan los tambores debajo de la mesa del comedor de mi casa. Aquellos tambores de los armaos que mi padre, como cabo que era, se encargaba de arreglar y a cuya labor tanto me gustaba contribuir. Por eso, me ponía tan contento cuando oía que le decía a mi madre: *Pascuala, deja el agua caer en la pila para que se aclare de los restos de jabón, que voy a poner unos parches a remojo, para arreglar unos tambores.* Mi madre dejaba correr durante un buen rato un hilo de agua a través de una media colgada del grifo y el agua de la pila quedaba cristalina. Entonces mi padre comenzaba con su labor y a su lado estaba yo, aunque ahora realmente no sé si para ayudar, o para estorbar.

Los más jóvenes, os extrañaréis de esto, pero debéis saber que no siempre los parches de los tambores han sido de plástico, como ahora. Entonces eran de piel y de distinta calidad según el uso. Los había batidores y bordoneros y había que tenerlos a remojo para ablandarlos, escurrirlos convenientemente, colocarlos en unos arillos, ajustarlos mediante otros aros y dejarlos secar, colocar las cuerdas o los bordones, darles el punto exacto de tensión mediante las palometas, para, por fin, poder hacer uso de ellos. Como veis, todo un ritual desaparecido en la actualidad, como tantos otros rituales.

Pero también he conocido tambores de otras clases. Sí, de otras clases y para otras procesiones. Los que podáis presumir de una edad recordaréis, sin

duda, las que se celebraban entre la chiquillería de entonces. Cuatro tablas, otras tantas púas, una cruz compuesta por un estipe y un crucero de madera mal encarados o un Santo tomado prestado de la alcoba de nuestra madre o abuela, conformaban nuestro trono para nuestra peculiar procesión. El adorno corría a cargo, entre otras flores silvestres, de los collejones, esos humildes collejones blancos y morados que a nosotros nos parecían los más hermosos lirios. Teníamos todo lo que se podía pedir: trono, imagen, anderos y cabo de varas, banda de tambores con su redoblador, manolas,... ¡hasta teníamos nuestros descansos! Los tambores eran latas de atún o de filete; los bombos, botes grandes de tomate; los palillos, púas de rastrillo y las mazas de los bombos, ramas de algún cercano árbol. Agradezco desde aquí a mis amigos de la infancia los momentos inolvidables que vivimos juntos, así como a esos nuevos tercios infantiles, que ya son realidad en nuestra Semana Santa y que constituyen la verdadera savia del futuro de la misma.

También me suenan cercanos los tambores y cornetas en el patio de lo que entonces se conocía como El Hogar del Productor, durante los ensayos de El Tercio Romano, con mi padre a la cabeza. ¡Qué marcialidad! ¡Qué hombres más disciplinados! Y ¡qué importancia la mía! Yo era ni más ni menos que el hijo de Téllez, el cabo de tambores, lo que hacía que me sintiera el más feliz de los niños. Agradezco esos entrañables recuerdos y el trato que recibí de aquellos hombres que tanto querían a mi padre.

Qué orgullo también cuando tantas veces alguien me ha dicho a lo largo de mi vida: *¿Tú eres el hijo de Téllez, el redoblador de Los Armaos?* Unos me han comentado: *Que sepas que tu padre ha sido el mejor redoblador que ha tenido Cieza.* Otros me han dicho: *A mí me enseñó tu padre a redoblar.* Entre los unos y los otros, están mi querido amigo el Pistola, el Parrico, Manolo y tantos otros, a los que estaré siempre enormemente agradecido por el aprecio que mostraron y que todavía muestran para con mi padre, cuya influencia me hizo llegar a ejercer también a mí de tamborista, ya no de lata, sino de verdad, junto con mis buenos amigos de la adolescencia, acompañando a los tronos de la hermandad con la que desfilé abriendo carrera: mis queridos Dormis ¡Qué empeño le poníamos para que nuestra banda sonara mejor y más fuerte que las demás!

Así discurrieron para mí muchas Semanas Santas, hasta que un venturoso azar me llevó a participar en mi temprana juventud en la procesión que me cautivó desde esa primera vez y a cuya cita no he faltado desde entonces. Me refiero a nuestra solemne procesión del Silencio, que, desde mi punto de vista, constituye el verdadero corazón de nuestra Semana Santa. Esa procesión que año tras año, coloca a nuestro Cristo en su inevitable agonía y que lleva a tantos ciezanos y no ciezanos a vivir con especial intensidad la noche de Jueves Santo.

Hasta que tuve túnica propia, desfilé con la que me tenía preparada todos los años, Anita, la madre de mi querido amigo (o mejor querido hermano)

Isidoro Vázquez, que anteriormente usó su familia, y que esperaba pulcramente limpia sobre la cama de su hijo, a que yo llegara a su casa de la calle de la Hoz, cada noche de Jueves Santo, para ponérmela y desfilar en la procesión, tras degustar apresurada y obligatoriamente algo de cena que también me tenían preparada. Gracias familia.

A partir de entonces, mis vivencias se ligaron a la Hermandad del Santísimo Cristo de la Agonía. En su seno he tenido la oportunidad de practicar todo lo aprendido en mi niñez y que antes comentaba. He vuelto a poner el mismo esmero que puse entonces en limpiar nuestras imágenes, ahora nuestros Cristos y nuestra Piedad; he aplicado en nuestros tronos alguna técnica aprendida de mis amigos escultores; he contribuido a alguna tarea de restauración; he admirado muy de cerca y en muchas ocasiones la imagen de nuestro Cristo titular, antes de proceder a su colocación en el trono; he vuelto a inundarme, como antes, con sublimes aromas, ahora, con los que desprende nuestra Piedad cada vez que la bajamos de su altar y la colocamos en su trono ¡Qué honor sentirse cada año tan cercano a estas maravillosas imágenes! También, como cuando era niño, he tenido la suerte y el privilegio de convivir en el seno de esta hermandad con personas realmente maravillosas. He tenido, en fin, la dicha de reflexionar durante muchos y muchos Silencios.

Y otra vez he vuelto a tocar el tambor. Ahora disfruto del gran honor de colgarme el tambor que durante tantos años y con tanta devoción tocó mi padre para nuestro Santísimo Cristo de la Agonía. Pero descendiendo al terreno de la anécdota, fijaos qué coincidencia: cuando nos trajeron el nuevo trono de Cristo en el Calvario, el escultor y los que allí estábamos, queríamos tener una visión de la imagen procesionando. Pero como no teníamos ningún tambor y los otros tenían que marcar el paso, volví por un momento a mi infancia y toqué otra vez usando, como de crío, un bote que por allí había, para lo que podríamos considerar su primera procesión.

Quiero hacer llegar desde aquí mi agradecimiento a los miembros de esa hermandad, por la amistad que me brindan y han brindado y por su excelente contribución al engrandecimiento de la Semana Santa; y también a su Junta Directiva y su Presidente, que me han permitido dirigirme hoy a vosotros vistiendo esta túnica con la que tantos Jueves Santos he acompañado a nuestro Cristo de la Agonía. Quisiera vestir con ella todas las túnicas de todas las hermandades de Cieza al mismo tiempo, y ante la imposibilidad de hacerlo físicamente, lo hago desde lo más profundo de mi corazón. Quiero que en esta túnica os sintáis representados todos y cada uno de los cofrades de cada una de las distintas cofradías y que no veáis en ella exclusivamente el color negro, sino que seáis capaces de poder ver, con esa limpieza de corazón que os caracteriza como verdaderos hermanos, el color de cada una de las vuestras, ya que, en definitiva, son todas ellas juntas, constituyendo una única y sólida hermandad, las que contribuyen al engrandecimiento de una sola Semana Santa, que no es ni más ni menos que la nuestra, la Semana Santa ciezana.

Antes de acometer la segunda parte de este pregón, la que os decía relacionada con el arte, os tengo que confesar que he pensado mucho en las dificultades que se me habrían planteado de haber tenido que pregonar otra Semana Santa que no hubiese sido la nuestra, para poder encontrar verdaderas obras de arte como las que aquí disfrutamos. No quiero decir con esto que en otras localidades no las haya. No, ni lo quiero, ni puedo, ni sería justo decirlo. En cada sitio tienen sus joyas. Pero, es que aquí, en nuestra Cieza, tenemos tantas... Además, en otras localidades no tienen la suerte de contar precisamente con los artífices de dichas joyas, ya sean escultóricas, musicales, de orfebrería... Nosotros sí. Tenemos la inmensa suerte de contar con esos ciezanos y ciezanos que también han pregonado y pregonan la Semana Santa a su modo, que no es otro que su buen hacer artístico. Gracias desde aquí a cada artista, por concedernos el honor de disfrutar con sus obras y por contribuir a que los términos Arte y Semana Santa hayan estado unidos indisolublemente a lo largo de los tiempos, lo estén en la actualidad, y, por lo que observamos cada día, vayan a estarlo en un futuro tanto cercano, como lejano.

Aunque no hay que dejar de lado otras manifestaciones artísticamente importantes, el campo de la escultura es el que más representación tiene dentro de la Semana Santa. No habría más que visitar la casa de los Santos, las iglesias de la localidad o las distintas casas-museo de algunas hermandades para ver el gran legado escultórico que poseemos. Pero estas visitas, que nos permitirían disfrutar de las imágenes con todo lujo de detalles, no harían más que darnos una visión un tanto sesgada, puesto que estas imágenes, en su mayoría, están concebidas por sus autores para procesionar, para ser vistas en movimiento, acompañadas de su música o su tambor al grácil o solemne paso que le imprimen nuestros afamados anderos y engalanadas floralmente para la ocasión.

Deberemos, por tanto, sentarnos en una silla de la carrera, asomarnos por una bocacalle, salir a un balcón o arrebujarnos en un portal, para contemplar a su paso tallas de una categoría artística excepcional. Podremos admirar al Cristo del Perdón, auténtica joya de Benedito ¡qué rostro! ¡qué torso! ¡qué pies y qué manos! Parece que la gubia esté todavía fresca en esta talla, que su autor no quiso siquiera ocultar con la pintura.

Capuz nos mostrará la majestuosa imagen de la Santísima Virgen de la Piedad, una de sus verdaderas obras maestras y de la que la Hermandad del Santísimo Cristo de la Agonía y la familia Guirao se sienten tan orgullosas.

Tres maestros harán que nuestros ojos disfruten de la hermosura de S. Juan: por un lado, Planes; por otro, nuestro bien amado maestro Carrillo y para completar el tercio, Sánchez Araciel, que también dejó su impronta en nuestra preciosa Verónica, otro rostro de genial dulzura para nuestros desfiles. Contamos con un majestuoso San Pedro, en exclusividad para Cieza del



grandísimo Palma Burgos; con la sublime faz de nuestro Nazareno insuperablemente tallada por Ignacio Pinazo; el Cristo Yacente y su Santa Madre, ambos unidos indisolublemente por el dolor y por la mano maestra de Planes, cuyo hijo, su seguidor, ha dejado en nuestro pueblo las imágenes de la Samaritana; nuestra Dolorosa, de idea salzillesca y de factura del insigne murciano Juan González Moreno, con el que tuve el gusto de compartir amistad y al que admiro profundamente, genial autor de numerosas imágenes de nuestra Semana Santa, entre ellas, el Cristo de la Agonía y el de los Azotes, María Santísima de la Soledad, la Virgen del Amor Hermoso, el Ecce Homo y la Aparición a M<sup>a</sup> Magdalena e incluso la angelical dulzura de la patrona de Cieza, nuestra Santísima Virgen del Buen Suceso. De las conversaciones que mantuve con él (muchísimas menos de las que yo hubiera deseado, porque lo conocí un poco tarde) guardo algunas frases inolvidables por su gracejo característico. Entre ellas, destacaré una que me manifestó en más de una ocasión. Disfrutaba diciéndome: "*Nene, yo le he hecho rezar a la gente más que los propios curas*". Juan, D. Juan, ahora mucha de la gente a la que has hecho rezar, sigue, sin duda, haciéndolo por ti y para ti. Recibe mi recuerdo estés donde estés y mi más sincero agradecimiento por muchas cosas que tú y yo sabemos.

La maestría de Sánchez Lozano, se manifiesta en imágenes como El Ángel y el Señor de los Dormis, el Ángel Triunfante y La Caída, pero también en los magníficos ángeles que custodian a nuestro Cristo del Consuelo. Como os comentaba, también lo llegué a conocer, tratar y admirar. Gracias don José.

La Burrica y la Cama de Cristo son verdaderas joyas del que me concedió también el gran honor de compartir su amistad, nuestro bien amado maestro Carrillo, Manuel Juan Carrillo Marco, con quien tantas vivencias compartí. Su genialidad le llevó incluso a inmortalizarse en la figura del asombrado romano que guarda el sepulcro de su ingravido Resucitado. Marcó sus comienzos su padre, Manuel Carrillo García, autor de Nuestra Señora de Gracia y Esperanza, y sigue sus pasos su hija Carmen, que nos ha legado La unción en Betania. Maestro ¡cuántas veces hemos traído tu nombre y tu buen hacer a este pregón y cuántas veces lo van a hacer otros en el futuro! Y es que, como decimos aquí: "*El que quiera honra, que se la gane*".

También son suyas las imágenes del Beso de Judas, que fueron sustituidas por las de Lozano Roca, que se inspiró en las excelencias de Salzillo para dejar en nuestra tierra el magnífico Prendimiento que ahora procesiona.

Hernández Navarro entró con inusitado vigor en nuestra Semana Santa, con obras de la talla de El encuentro de Jesús y María en la calle de la Amargura, Jesús en el calvario, Jesús abriendo las puertas de los infiernos o La Lanzada. Gracias también a ti, Pepe, por haberme permitido entrar en tu taller y disfrutar de todo ese ambiente mágico que os envuelve a los artistas.

Álvarez Duarte nos ha dejado también magníficas tallas, como son Nuestra Señora del Mayor Dolor o el Cristo de la Sangre, de las que tan orgullosos se sienten los hermanos de Sta. María Magdalena, de cuya imagen titular no conocemos el autor, pero de lo que no dudamos en absoluto es de que su rostro es artísticamente insuperable.

Pero demostrando una vez más que nuestra Semana Santa late cada día con más fuerza, este año, llama a las puertas de Cieza el cordobés Romero Zafra, para mostrarnos su genialidad materializada en dos grandes obras: La coronación de espinas y Nuestra Señora de la Amargura, a las que con tanto acierto literario ha piropeado mi admirado y estimado Enrique Centeno.

La talla, el dorado y la estofa ocupan un estrato importantísimo en nuestra Semana Santa. Hay que descubrirse ante las estofas de nuestras imágenes y ante la talla y el dorado de nuestros excelentes tronos. Nombrar a todos los maestros de este campo sería una muy extensa labor. Destacaremos por su ciezanismo y como excelente muestra a nuestro insigne Juan Solano. Y digo nuestro, porque, aunque no de nacimiento, lo fue de adopción. Enraizó en nuestra tierra y colaboró intensamente en el lucimiento y belleza de nuestra Semana Santa, tanto en la confección de varios tronos que así lo atestiguan, como velando por la calidad de las obras desde su puesto en la Comisión de Arte, constituida a tal efecto. No olvidaremos tampoco al maestro Manuel Jaén, así como a Pérez Ballesteros, al que conocí hace muchos años como "Boni" en el taller del maestro Carrillo. Vaya mi agradecimiento a todos ellos, tanto a los nombrados, como a los pensados, admirados y queridos.

¿Y la música? La Semana Santa es música, por excelencia. De la misma forma que no podríamos concebirla sin una imagen de Cristo o de la Virgen, no lo podríamos hacer sin las composiciones musicales que tanto conocemos. Cieza va a disfrutar estos días de verdaderos conciertos en la calle, tanto por parte de agrupaciones musicales, como de las bandas de cornetas y tambores, entre las que de tan buena fama gozan las ciezanos.

Está claro que el prestigio y la categoría musicales de Mozart no se han engrandecido porque mi querida hermandad del Santísimo Cristo de la Agonía adoptara su "Pequeña Serenata Nocturna" como música oficial de su entrañable Procesión del Silencio; pero, si no fuera así ¿disfrutaríamos de la citada composición, como lo hacemos año tras año? Probablemente algunos ni siquiera hubiésemos llegado a conocerla. Por tanto, mi agradecimiento al compositor por su obra, a mi hermandad por lo acertado de la elección y a los músicos por su siempre elegante y sentida interpretación.

Pero nosotros no nos conformamos con adoptar y adaptar la música de los más afamados compositores de todas las épocas. No. Los también ilustres compositores ciezanos, han preparado y preparan con esmero sus partituras, que no son sino hermosos piropos a las imágenes que desfilan por nuestras calles.

Escucharemos las interpretaciones de verdaderas joyas musicales compuestas por sus autores para ser tocadas tras un trono. Otra vez nos emocionaremos con las sentidas notas del maestro León Piñera, primer compositor de nuestra Semana Santa y al que debemos el famoso pasodoble de San Juan; Gómez Villa, que tan dignamente ostenta el título de Compositor de la Semana Santa de Cieza; y los que han cogido con inusitada fuerza e ilusión el relevo de los anteriores, García Alcázar y Salmerón Morote. ¿Hay quien dé más? Gracias. De verdad mil gracias tanto a los compositores actuales, que cuento entre mis amigos, como a los ya desaparecidos.

Cada día nuestros desfiles y nuestras imágenes lucen con más suntuosidad, engalanados con los complementos que salen de manos de los orfebres: potencias, coronas, escudos, cascos, estandartes, báculos, varales, incensarios, faroles de tercio... Nuestro agradecimiento a todos ellos. En justicia y como una significativa muestra, nombraremos a los ciezanos Diego y Paco, ambos dignos sucesores del maestro Penalva del que tantas joyas conservamos eternamente vivas en nuestra Semana Santa.

Mencionaba antes el aroma dulzón del alhelí, que ha sido para mí durante muchos años y todavía lo sigue siendo, la evocación de las procesiones de Semana Santa. Ahora, su utilización en nuestros tronos es sólo testimonial, quizás por lo humilde de su condición, quizás, porque como dicen los floristas, es una flor "muy cabezona" queriendo significar que pierde pronto su lozanía; pero en su sustitución ha venido un elegante conjunto de las más variadas especies: gerberas, nardos, calas, onturios, iris, esterlicias, orquídeas,... que en manos de nuestros floristas se convierten en elementos pictóricos de artísticas composiciones para nuestro particular deleite. Recordaré, felicitaré y agradeceré en este apartado a la familia de nuestro querido Pepe Carrillo, a quien admiro y con quien he tratado en otro tiempo, sobre el arreglo floral de los tronos de mi cofradía, tanto por su magistral hacer, como por los buenos detalles a los que nos tiene tanto tiempo acostumbrados.

Que yo no haya tenido relación con otros floristas en aspectos relacionados con la Semana Santa, no puede privarme de mi sincera felicitación y agradecimiento a los mismos por su inapreciable labor. Me estoy refiriendo a todos los artistas ciezanos de la flor, que tanto contribuyen al lucimiento de nuestros tronos, así como a otras personas que, sin ser profesionales, vierten su alma en sus composiciones florales. ¿No es un orgullo de ciezano que los hermanos del Cristo del Perdón engalanen ellos mismos sus tronos? ¿Acaso no entra dentro del arte lo que los hermanos de Nuestra Señora de Gracia y Esperanza, realizan año tras año en el manto de su querida virgen? Gracias, de todo corazón, por el entusiasmo que demostráis.

En cuanto al bordado, no hay más que recrearse al paso de algunas de nuestras imágenes de vestir. También son buena prueba de este importante legado artístico, la colección de toneletes de nuestro Sto. Cristo, los distintos

estandartes, las galas de nuestros tronos, así como el vestuario de nuestro querido y admirado Tercio Romano.

También la literatura tiene su cabida en nuestra Semana Santa, como lo demuestra el magistral texto de Fernández Lozano y la interpretación que del mismo se hace en el auto del Prendimiento, así como la labor de los magníficos pregoneros y colaboradores de las distintas publicaciones. ¡Cuántos insignes ciezanos y no ciezanos han dejado en unos y en otras, muestras de la más depurada literatura! Quiero incluirlos a todos en este apartado, pero, de forma muy especial, a las pregoneras y pregoneros que me han precedido. Mi más sincero agradecimiento por el disfrute que me han procurado y por lo que de ellas y ellos he aprendido.

Y todo esto llegará a la posteridad de manos de los buenos fotógrafos, artistas de la imagen y excelentes impresores. Así lo demuestran los magníficos carteles, películas, revistas, dípticos y demás folletos informativos que la Semana Santa ciezana genera y que se diseminan por toda la geografía española y fuera de ella por la labor de propaganda de sus dirigentes y el amor de los ciezanos ausentes que nos visitan en estas fechas señaladas y que regresan con ellos a casa, para exponerlos con orgullo en sus paredes y estanterías y compartirlos con sus allegados. Gracias a unos por sus creaciones y a los otros por su labor propagandística, pero sobre todo, por su presencia entre nosotros en estos entrañables días.

Pero todos estos aspectos que hemos agradecido, no tendrían por separado ningún sentido. Es necesaria una mente inteligente que les imprima estructura y cohesión, así como infinidad de manos ejecutoras. Agradecemos el buen hacer de la Junta de Hermandades, de las eficientes Juntas Directivas de cada una de las cofradías y de cada uno de los cofrades de las mismas, desde el Presidente, hasta el más humilde andero; sin olvidar la imprescindible labor de tantos otros: electricistas, carpinteros, herreros, costureras y un larguísimo etcétera, casi sin final.

Llegado a este punto, el agradecimiento más distinguido no puede ir en otra dirección, que en la vuestra. Os estoy sentidamente agradecido por la atención y compañía que me habéis brindado en este acto, que tantos quebraderos de cabeza me ha traído en solitario. Sin vuestra presencia, el pregón y la Semana Santa carecerían de entidad. Sois vosotros los que le otorgáis el verdadero sentido. Sin vuestra acogida, disfrute y entusiasmo, sin vosotros, en definitiva, espectadores de excepción, la Semana Santa no estaría viva; como no lo estaría la mejor de las pinturas sin ser contemplada, la mejor de las partituras, sin ser interpretada y sentida, ni el mejor de los maestros, sin la inestimable atención de sus alumnos. La Semana Santa estaría yerma si vosotros no la contemplaseis en todo su esplendor. Sin vuestra presencia en las procesiones, en el Templo, en la Casa de los Santos, en los traslados, y en todos y cada uno de los actos, nuestra Semana Santa ciezana carecería de toda razón de existencia. Gracias, otra vez, a todos vosotros.

Y para terminar mi pregón, voy a llevar mi atrevimiento al límite, recitándoos un soneto, compuesto para contribuir a la consecución del principal objetivo que me ha traído hoy aquí y que no es otro que motivaros a vivir con el mayor de los entusiasmos esta Semana Santa del año 2009 y que dice así:

*De sus arcas radiantes de frescura,  
este abril de divina primavera,  
ofrece a los ciezanos, tras su espera,  
una Semana Santa nueva y pura.*

*Veréis cómo destilan hermosura  
nuestras calles, durante la carrera.  
Cada cual sentirá lo que quisiera.  
Cada quien vivirá sus tesisuras.*

*Disfrutadla, ciezanos, sin medida.  
Y calibrad ¡qué efímero es el tiempo!  
¡Qué poco la Semana Santa dura!*

*Vividla en su esplendor, ciento por ciento,  
que cuando ésta termine su andadura,  
otras vendrán, Dios mediante, estad contentos.*

Gracias. Muchas gracias

**Fdo. José Morote Dato**